

GARCÍA MÁRQUEZ: LA FÁBULA, EL HECHO EXTRAORDINARIO Y LA PERCEPCIÓN DE LA REALIDAD

Eduardo Huárag Álvarez

Uno de los aspectos que indiscutiblemente destaca en la obra de García Márquez es su extraordinaria e incansable capacidad para fabular. La ficcionalización fabulada nos encandila inmediatamente por la fuerza de su imaginario. Abre la puerta al hecho fantástico, fascinante. Naturalmente, la tendencia a fabular no la crea García Márquez. Existe desde los orígenes de la cultura. Lo que sucede es que la fuerza del realismo del siglo XIX y en parte los conflictos sociales del siglo XX hicieron que se optara por el tono realista y se apartara de la ficción fantástica. No sucedió así con todos los autores, claro está. Borges y Cortázar van a representar ese afán por construir relatos que valgan por su ficcionalización y no por su posibilidad mimética. García Márquez y otros autores muestran una realidad latinoamericana rica en elementos fabulados o la recreación de mitos antiguos, arcaicos. Según Oviedo, los primeros escritos de García Márquez “[...] revelan a un autor dando un testimonio de su realidad y de su historia, pero emancipándose de las reglas y límites del realismo convencional [...]” (Oviedo, José M. : 2001: 304, t.IV).

En García Márquez la fábula se entrelaza con elementos míticos, muchos de ellos derivados de la Biblia y la cultura universal. Están presentes en el pensamiento arcaico porque la tendencia a mitificar es propia del desarrollo de los pueblos. Su negación significaría reducir al hombre al puro racionalismo. García Márquez ubica sus hechos extraordinarios preferentemente en Macondo, la ciudad mítica. Macondo, sin embargo, es cualquier aldea pequeña de Latinoamérica. Lo más importante no es la ambientación sino cómo la obra a través de sus personajes asume el modo de pensar y sentir del hombre latinoamericano. Una realidad en la que somos propensos a los hechos extraordinarios o relatos desmesurados. La magia de García Márquez hace que el hecho extraordinario nos llegue como parte de la vida cotidiana. No necesita mucho preámbulo para sumergirnos en las vivencias insólitas de una aldea o en sus creencias míticas.

Cuando hablamos de hechos extraordinarios, nos referimos a aquellos acontecimientos que salen de esa lógica que tienen los hechos de la realidad. Los

mitos y símbolos metaforizan y expanden la significación. Según Ricoeur “[...] el símbolo se mueve en las dimensiones cósmica, onírica y poética” (Cita de Ricoeur en Graciela Maturo: 1972:36).

El símbolo condensa una significación. De alguna manera la encubre. Apreciamos la metáfora narrativa, nos quedamos fascinados o sorprendidos por lo insólito o extraordinario pero sabemos que ello no es más que el rostro manifiesto, que detrás de ello subyace otra significación.

El símbolo responde a una necesidad de explicación cosmogónica, pero también de recreación de múltiples hechos misteriosos. El símbolo en García Márquez busca entre los pobladores de la aldea una interpretación. Los observadores desean decodificar. El símbolo tiene una explicación abierta. El símbolo es plurisignificativo. Es lo que sucede con los hechos extraordinarios. Con la ironía y humor que caracteriza a García Márquez, los religiosos, personajes más cerca del misterio y la explicación cosmogónica, no son los más acertados para explicar el hecho maravilloso. El símbolo, aunque inicialmente sorprende, termina conviviendo con la realidad humana y la cotidianeidad.

1. LA ALTERACIÓN DEL COSMOS Y LOS EFECTOS DE LA PERCEPCIÓN DE LA REALIDAD

Creemos que es importante precisar —y ese es el propósito de esta investigación— ¿cómo es que asumen los personajes, en ese escenario, los hechos insólitos? ¿Los asumen con naturalidad? ¿Sienten que el hecho extraordinario altera su quehacer cotidiano? ¿El hecho insólito es algo que pasó alguna vez y que quedó como un simple recuerdo? ¿Se ubica lo insólito en el tiempo mítico, inacabable? ¿Los hechos extraordinarios y la realidad-real ¿se consideran realidades distintas y a la vez complementarias? Son estas interrogantes la que nos llevaron a analizar algunos de sus relatos breves.

Empezaremos comentando “Isabel viendo llover en Macondo”. Es éste un relato atmósfera en el que la acción principal es provocada por un acontecimiento inusual: una lluvia que se prolonga por días y días. La lluvia se anuncia por un ventarrón hasta que se desata el temporal. La lluvia era constante, apacible y sin tregua: “[...] se oía caer el agua como cuando se viaja toda la tarde en un tren” (García Márquez, G.: 1983: 114). Y luego añade: “Pero sin que lo advirtiéramos, la lluvia estaba penetrando demasiado hondo en nuestros sentidos” (García Márquez, G.: 1983:

114). De esta manera, la lluvia no es un simple fenómeno atmosférico. La lluvia, para Isabel y los pobladores de Macondo, se va haciendo parte del cosmos humano.

Llueve de tal manera que el hombre no puede ignorar el fenómeno. La lluvia influye en el quehacer cotidiano de los pobladores, en su modo de sentir el espacio y el tiempo. La lluvia detiene las actividades cotidianas. Los hombres se encierran en lo suyo. Se quedan casi paralizados. El tiempo parece detenerse. Su padre, un día después de iniciada la lluvia, sigue en el mismo sitio. Para Martín la lluvia es aburrida. En cambio a Isabel lo que le llama la atención “[...] es el jardín vacío y esos pobres árboles que no pueden quitarse del patio” (García Márquez, G.: 1983: 115).

Cosas extrañas empiezan a suceder: un martes encontraron una vaca en el jardín. Nadie sabe de dónde vino, ni de quién era. Se hizo todo lo posible para espantarla y el animal se resistió. Un personaje extraño pero que resultará simbólico.

Mientras tanto, la lluvia siguió cayendo. Se preocuparon. No era usual. ¿Deberían entender que se trataba de una señal o un anuncio? Y provocaba preocupación: “Al atardecer del martes el agua apretaba y dolía como una mortaja en el corazón” (García Márquez, G.: 1983: 115). Entonces todo se detuvo. Se sentaron en el corredor. Si la lluvia fue novedosa al empezar, días después ya no la sentían así. Lo que veían era: “[...] un atardecer triste y desolado que dejaba en los labios el mismo sabor con que se despierta después de haber soñado con una persona desconocida” (García Márquez, G.: 1983: 115).

El fenómeno atmosférico provocó estragos. No sólo porque se detuvieron las actividades sino porque los días se sintieron de otro modo. Isabel recordó que ese día “[...] perdimos el orden de las comidas” (García Márquez, G.: 1983: 116).

La lluvia es una fuerza irracional, inexplicable. No se la puede detener. “Estábamos paralizados, narcotizados por la lluvia, entregados al derrumbamiento de la naturaleza en una actitud pacífica y resignada” (García Márquez, G.: 1983: 116). La lluvia es expresión del caos. Es una metafórica referencia al acabamiento, al declive inexorable. La vaca se movió de su lugar, pero en realidad hasta eso fue engañoso, porque después asisten a su agonía inevitable. La vaca “[...] se rindió por fin al peso de su propia materia en una silenciosa, gradual y digna ceremonia de total derrumbamiento” (García Márquez, G.: 1983: 116). En realidad, la vaca simplemente fue a buscar un lugar donde morir. Un lugar de quietud donde derrumbarse. El lugar donde la lluvia ha desatado el temporal, donde la fuerza de la naturaleza

parece desbocarse, ése era el lugar. Era la atmósfera y preámbulo de una destrucción o el fin de una etapa de la historia.

La lluvia provocó más desórdenes. Esa fuerza que paraliza a los humanos se atreve incluso contra los que descansan en paz. Llueve tanto que se inunda el cementerio y los muertos salen de su sepultura: “Ahora tenemos que rezar. El agua rompió las sepulturas y los pobrecitos muertos están flotando en el cementerio” (García Márquez, G.: 1983: 118). Una mala señal. El peligro del fin de los tiempos. Desorden en el cosmos. Las barreras de la vida y la muerte parecen borrarse con la lluvia.

Algo más iría a suceder. En medio de la confusión, los pobladores empezaron a perder la conciencia del tiempo. “La noción del tiempo, trastornada desde el día anterior, desapareció por completo. Entonces no hubo jueves” (García Márquez, G.: 1983: 118), comentó Isabel.

El día viernes sintió el pito del tren y despertó. Se sorprendió que le sirvieran un plato de sopa. La madrastra le dice que deben ser las dos y media. Isabel, alterada, sorprendida, le dice “Las dos y media del viernes...” (García Márquez, G.: 1983: 119). Pero la madrastra, que parece haber perdido la noción del tiempo cotidiano, le dice que son las dos y media del jueves. Isabel terminó confundida y aterrorizada. “Dios mío —pensé entonces, confundida por el trastorno del tiempo— Ahora no me sorprendería que me llamaran para asistir a la misa del domingo pasado” (García Márquez, G.: 1983: 120).

Reflexión irónica que pone en evidencia las relaciones del tiempo, los hechos insólitos y la pérdida de la conciencia real de los pobladores. El fenómeno de la lluvia lo alteraba todo, hasta la noción del tiempo. El tiempo se vuelve una percepción subjetiva. El tiempo podía avanzar o retroceder. Para los pobladores de Macondo no cuenta el tiempo cronológico, objetivo, lo que cuenta es el tiempo subjetivo, el tiempo que se vive, que se siente, que puede detenerse y hasta retroceder a los días anteriores.

2. UN ÁNGEL QUE CONVOCÓ MULTITUDES Y CONCEDIÓ BENEFICIOS INESPERADOS

En el cuento “Un señor muy viejo con unas alas enormes” (1968), el personaje aparece de manera inesperada. Hacia el mediodía Pelayo distinguió algo extraño “[...] que se movía y se quejaba en el fondo del patio” (García Márquez, G.: 1983:

215). ¿Quién era? Tenía la apariencia de un hombre viejo, pero al acercarse Pelayo pudo observar que tenía alas. ¿Un ser humano con alas? Asustado por el hallazgo, fue a contárselo a su mujer que atendía al hijo enfermo.

Después del impacto inicial que provoca ver a un personaje que sale de lo ordinario, el relato pasa a un segundo instante: el de la comunicación. “Entonces se atrevieron a hablarle, y él les contestó en un dialecto incomprensible pero con una voz de navegante” (García Márquez, G.: 1983: 215). Por ese lenguaje tan incomprensible se dieron cuenta de que no era del mundo de ellos. ¿Quién era? ¿Cómo había llegado?

El tercer instante del relato tiene que ver con las conjeturas que se hacen para explicar el origen del personaje. ¿De dónde había venido? ¿Era de otro mundo? Se intentaron varias explicaciones. Los dueños de la casa se aventuraron a creer que se trataba de “[...] un naufrago solitario de alguna nave extranjera abatida por el temporal” (García Márquez, G.: 1983: 216). Un extraterrestre que accidentalmente terminó en ese lugar. Una vecina que se dedicaba a la revelación de los destinos les dijo que se trataba de un ángel: “Seguro que venía por el niño, pero el pobre está tan viejo que lo ha tumbado la lluvia” (García Márquez, G.: 1983: 216). Es decir, un personaje del trasmundo que no pudo cumplir su misión.

Sea que se trate de un extraterrestre o de un ángel, lo común en ambos casos es que se trata de un ser que no es reconocido como parte del mundo de los humanos. Pelayo y Elisenda pensaban ponerlo en una balsa y dejarlo en alta mar, pero para sorpresa de ellos el vecindario de la localidad estaba “[...] retozando con el ángel sin la menor devoción y echándole cosas de comer por los huecos de las alambradas, como si no fuera una criatura sobrenatural sino un animal de circo” (García Márquez, G.: 1983: 216).

Ése es un instante significativo. No le temían ni se postraron ante el personaje que suponían proveniente del mundo sagrado. La colectividad vio en él un personaje extraño al que era importante mirar porque así nomás no aparecen viejos con alas enormes. Eso no estaba en la lógica de los hechos reales.

Como estaban con la idea de que era un ángel, el padre Gonzaga fue a desentrañar el misterio. El religioso le habló en latín y “[...] tuvo la primera sospecha de su impostura al comprobar que no entendía la lengua de Dios ni sabía saludar a sus ministros” (García Márquez, G.: 1983: 217). Humor e ironía. La lógica e interpretación del religioso no desentraña el misterio. El paradigma de ángel que tenía en la mente

Gonzaga no correspondía con el personaje maloliente que estaba en el corral. Por eso Gonzaga se apresuró a advertir a la multitud que ésas podían ser cosas del demonio. “Les recordó que el demonio tenía la mala costumbres de recurrir a artificios de carnaval para confundir a los incautos” (García Márquez, G.:1983: 217).

Se comprometió a consultar a las autoridades eclesiales para que dieran su veredicto sobre esa extraña aparición. Era todo lo que pudo hacer.

La reacción de los pobladores fue inusitada. Se formó un tumulto en los exteriores y tuvo que venir la tropa para poner orden. Entonces a Elisenda se le ocurrió “[...] cobrar cinco centavos por la entrada para ver al ángel” (García Márquez, G.: 1983: 217). Se produce, pues, un aprovechamiento por la curiosidad que despierta el personaje misterioso. Vinieron curiosos desde lugares lejanos. ¿Era un ser deforme pero de la misma naturaleza de los humanos? ¿Era realmente un ángel? ¿Tenía los poderes de los personajes sagrados? ¿Era capaz de hacer milagros? Algunos alentaron esa esperanza.

“Vinieron en busca de salud los enfermos más desdichados del Caribe: una pobre mujer que desde niña estaba contando los latidos de su corazón y ya no le alcanzaban los números, un jamaiquino que no podía dormir porque le atormentaba el ruido de las estrellas, un sonámbulo que se levantaba de noche a deshacer dormido las cosas que había hecho despierto, y muchos otros de menor gravedad” (García Márquez, G.: 1983: 218).

Se mezclan, entonces, el asombro, la curiosidad y la fe. La fe hace suponer que los personajes sagrados pueden revertir los hechos de la realidad.

Fue tanto el interés de la población que Pelayo y Elisenda se cansaron de reunir dinero. Se dice que “en menos de una semana atiborraron de plata los dormitorios” (García Márquez, G.: 1983: 218). Para ellos, la criatura extraña les trajo un beneficio inesperado. Con el dinero recaudado pudieron construirse una mansión de dos plantas. Establecieron un criadero de conejos y ella se compró vestidos de seda. Fue casi como recibir una fortuna.

El éxito del ángel llegó a su fin cuando trajeron el espectáculo de una mujer que se había convertido en araña por desobedecer a sus padres. Se trataba de una tarántula gigante que a diferencia del ángel podía conversar con sus interlocutores. Según la historia que ella misma refiere había huido de su casa para ir a un baile y

cuando volvía “[...] un trueno pavoroso abrió el cielo en dos mitades, y por aquella grieta salió el relámpago de azufre que la convirtió en araña” (García Márquez, G.: 1983: 219). Un relato fantástico, sin duda, con intención moralizadora. Un personaje que tiene formas que no corresponden a la habitual naturaleza humana y que tiene esa forma por un castigo o sanción.

Es importante observar la reacción de la colectividad. Como se puede advertir, cambian rápidamente su centro de interés. El nuevo personaje desplaza al anterior. El hombre viejo con alas enormes quedará relegado. Le tocará vivir los tiempos del abandono y el olvido. Pelayo y Elisenda sólo se interesaron en recaudar dinero y obtener beneficios. Las condiciones de vida del viejo con alas enormes no cambiaron.

Una mañana Elisenda observó que el extraño ser empezó sus primeros intentos de vuelo. Al comienzo tuvo dificultades, pero luego ganó altura. Elisenda “lo vio pasar por encima de las últimas casas, sustentándose de cualquier modo con un azaroso aleteo de buitre senil” (García Márquez, G.: 1983: 221). Finalmente, el ser sobrenatural, ese ser que parecía haber venido de otro mundo, desapareció de la manera tan misteriosa como había venido.

Los hechos extraordinarios no tienen una explicación respecto a su procedencia. No se llega a conocer su origen. Los intentos por explicar su naturaleza quedan sólo en intentos o explicaciones que proceden de las designaciones que realiza la colectividad desde su metacultura, como el hecho de suponer que es un ángel. Otro aspecto a destacar es la actitud de la colectividad que al ver que no responde a la naturaleza de los humanos cree que procede del recinto sagrado. Por eso es que algunos esperan el hecho milagroso y que puede revertir lo irreversible. Los cambios que esperaban los afectados por algún mal llegan, pero con un sesgo determinado, de manera que no es lo que esperaban. Si su origen fue un misterio, lo será también su desaparición. Alzó vuelo y se fue. ¿Adónde? Es una pregunta sin respuesta, como ocurre con los hechos misteriosos.

Es importante anotar que cuando el ser extraño, el ángel, es desplazado por otro ser extraordinario, él pasa a ser considerado como un ser intrascendente. Lo irreal se volvió parte de lo real. Shaw, al reflexionar sobre la obra de García Márquez, dice que hay momentos en que “[...] no hay una clara distinción entre la realidad y la ficción, y que todos padecemos de irrealidad” (Shaw: 1981: 112).

3. LA SOLIDARIDAD CON EL EXTRAÑO. EL ENCUENTRO COLECTIVO CON SU IDENTIDAD

Al igual que “Un señor muy viejo...”, en el cuento “El ahogado más hermoso del mundo”, el personaje aparece misteriosamente. Nadie sabe su origen. Más aún, los niños, ajenos a la malicia o el temor, creyeron que aquello pudiera ser un barco. Es que el personaje que llega a la orilla era el de un ahogado de dimensiones gigantescas: “Los hombres que lo cargaron hasta la casa más próxima notaron que pesaba más que todos los muertos conocidos, casi tanto como un caballo” (García Márquez, G.: 1983: 239).

Con el mismo procedimiento narrativo que el cuento anterior, al menos al empezar, observaremos que la vecindad tratará de encontrar una explicación al misterio. Para ello era necesario saber si el ahogado era uno de ellos, o era un ahogado de otro pueblo.

Era un muerto de proporciones nunca antes vistas: “No sólo era el más alto, el más fuerte, el más viril y el mejor armado que habían visto jamás, sino que todavía cuando lo estaban viendo no les cabía en la imaginación” (García Márquez, G.: 1983: 240).

La hipérbole llega a su plena exageración: era un ser como no se lo hubieran imaginado nunca, porque hasta eso no llegaba la imaginación.

La desproporción del aparecido provocaría desajustes con la realidad cotidiana de los aldeanos. No encontraron una cama como para él ni ropa con qué vestirlo. Imaginaron que si hubiese vivido en el pueblo su casa habría sido de otras dimensiones “[...] y su mujer habría sido la más feliz” (García Márquez, G.: 1983: 240).

Así como en el cuento anterior llamaron a la vecina que conocía de los destinos para que les dijera qué tipo de aparición era ese hombre viejo de alas enormes, una de las mujeres viejas (que por vieja era menos apasionada y se entiende que conocía mucho más de misterios y apariciones) dijo: “Tiene cara de llamarse Esteban” (García Márquez, G.: 1983: 241). Las jóvenes no coincidían con esa apreciación y encontraron que el ahogado merecía llamarse Lautaro.

¿De dónde venía un ahogado gigante? ¿Cómo es que había llegado a la orilla del mar? Eso es algo que necesitaban saber. Los hombres hicieron averiguaciones en

los poblados vecinos y regresaron con la noticia de que el ahogado no era de los pueblos vecinos. Esta información fue decisiva. Desde ese momento, los pobladores lo sentirían como un muerto de su comunidad.

No bastará, sin embargo, identificarlo como parte de la comunidad. Era necesario estrechar otros lazos con el muerto.

“A última hora les dolió devolverlo huérfano a las aguas, y le eligieron un padre y una madre entre los mejores, y otros se le hicieron hermanos, tíos y primos, así que a través de él todos los habitantes del pueblo terminaron por ser parientes entre sí” (García Márquez, G.: 1983: 243-244).

De esta manera, el ahogado ya no era un simple ahogado gigante que apareció por la orilla, extraviado por las olas o su soledad. Ahora tenía parientes: se había humanizado. Ahora era parte del pueblo. Ahora tenía origen, identidad.

Es interesante observar que la aparición del ahogado y su vinculación al poblado provocarían cambios en el modo de ser y de vivir de los pobladores.

“[...] sabían que todo sería diferente desde entonces, que sus casas iban a tener las puertas más anchas, los techos más altos, los pisos más firmes, para que el recuerdo de Esteban pudiera andar por todas partes sin tropezar con los travesaños...” (García Márquez, G.: 1983: 244).

La adopción había transformado la vida de los aldeanos por el gesto solidario. Ellos iban a eternizar la memoria de ese forastero gigante y que curiosamente era indefenso. Era un náufrago sin origen ni destino pero debido a la adopción él era parte de la aldea. Esa sería la aldea de Esteban y por eso mismo deben adecuar la realidad a la realidad subjetiva. Sienten que la aldea es de Esteban y que Esteban volverá. Por tanto, deben adecuar la realidad objetiva. Por eso decidieron hacer las puertas más anchas y los techos más altos. Ser solidarios e identificarse con el ahogado los hizo sentirse distintos. Ya no serían un poblado más. Ellos sembrarían flores en los acantilado de manera que los pasajeros de los grandes barcos, o el capitán, exclamara “ [...] sí, allá es el pueblo de Esteban.” (García Márquez, G.:1983:244. Es decir, esa aldea que era una aldea más entre tantas, ahora tenía identidad, gracias precisamente a Esteban. A diferencia del cuento anterior, el personaje trajo beneficio no sólo para una familia sino para toda la colectividad.

El forastero terminó siendo un héroe. El pueblo lo convirtió en su héroe. Lo pusieron sobre una balsa y dejaron que se fuera. Esperaban que alguna vez volviera. De algún modo, los héroes no mueren. Para que pueda volver a esa aldea se cuidaron de ponerle el ancla. ¿Adónde se iría? Como es propio del relato de misterio, no se llegará a saber su destino final.

4. EL ILIMITADO PODER DE UN MÍTICO PERSONAJE

Un personaje extraordinario no es sólo aquel que tiene rasgos anormales, como el viejo con alas enormes, o el náufrago gigante que la aldea bautizó como Esteban. Un personaje extraordinario es también aquel cuyo poder parece omnímodo, y ese es el caso de la Mamá Grande, cuyos momentos finales se refieren en el cuento “Los funerales de la Mamá Grande”. La Mamá Grande era “[...] la soberana absoluta del reino de Macondo” (García Márquez, G.: 1983: 199). Es curioso observar que el gran poder lo detenta una mujer y no un hombre, como era frecuente en tiempos de los grandes terratenientes. En cambio sí es coherente en el universo narrativo de García Márquez, porque en *Cien años de soledad* el núcleo y la continuidad familiar son ejercidos por Úrsula Iguarán.

Después de una agonía de catorce semanas, acomodaron a la Mamá Grande en un mecedor. “Era el único requisito que le hacía falta para morir” (García Márquez, G.: 1983: 199). Su tamaño y su peso debieron ser excesivos, extraordinariamente excesivos. “Se habían necesitado diez hombres para subirlo hasta la alcoba [...]” (García Márquez, G.: 1983: 200). Rasgos desmesurados. Gigantismo del personaje.

El vínculo familiar que rodea a la Mamá Grande está marcado por el incesto reiterativo. Mantenían el linaje y el apellido debido a ese entramado de relaciones incestuosas.

“[...] la Mamá Grande había cercado su fortuna y su apellido con una alabrada sacramental, dentro de la cual los tíos se casaban con las hijas de las sobrinas, y los primos con las tías, y los hermanos con las cuñadas, hasta formar una intrincada maraña de consanguinidad que convirtió la procreación en un círculo vicioso” (García Márquez, G.: 1983: 200).

Como se puede apreciar, en Macondo prevalecían las costumbres medievales. El incesto se imponía no sólo para mantener el linaje sino también para conservar la fortuna de la familia. Otro rasgo propio del medioevo es el derecho a la pernada,

que también se ejercía en tiempos de la Mamá Grande y que dio origen a la difusión de la bastardía. “Al margen de la familia oficial, y en ejercicio del derecho de pernada, los varones habían fecundado hatos, veredas y caseríos con toda una descendencia bastarda [...]” (García Márquez, G.: 1983: 200).

Haremos la observación de que en Latinoamérica, a pesar de la independencia y la difusión de una economía capitalista, en muchos lugares se mantuvieron relaciones y hábitos medievales. Costumbres y estructuras mentales que no cambiaron fácilmente. Recordemos que en el Perú la Reforma Agraria recién se daría en 1968, es decir, bien entrado el siglo XX.

La Mamá Grande tenía el poder y el linaje desde varias generaciones anteriores. En el pueblo todos sabían que ella era el centro del poder. Es más, la aldea existía gracias a ella.

“La aldea se fundó alrededor de su apellido. Nadie conocía el origen, ni los límites ni el valor real del patrimonio, pero todo el mundo se había acostumbrado a creer que la Mamá Grande era dueña de las aguas corrientes y estancadas, llovidas y por llover, y de los caminos vecinales, los postes del telégrafo, los años bisiestos y el calor, y que tenía además un derecho heredado sobre la vida y haciendas” (García Márquez, G.: 1983: 201).

Su patrimonio, en efecto, era ilimitado. Era dueña de predios y de elementos cósmicos, como la lluvia, el calor, y hasta la vida misma de los humanos. Un poder que se pierde en la dimensión mítica. La colectividad no sólo reconoce que es el centro del poder sino que la imagina inmortal. Atributo propio de los seres extraordinarios. “A nadie se le había ocurrido pensar que la Mamá Grande fuera mortal, salvo a los miembros de su tribu, y a ella misma [...]” (García Márquez, G.: 1983: 201).

Hasta los 70 años celebró su onomástico con mucho alboroto y jubileo. Eran ferias que duraban tres días. “Se ponían damajuanas de aguardiente a disposición del pueblo, se sacrificaban reses en la plaza pública, y una banda de músicos instalada sobre una mesa tocaba sin tregua durante tres días” (García Márquez, G.: 1983: 202).

Era un gran acontecimiento porque ella detentaba el poder. Entre el personaje mítico y la colectividad existe una interacción, un reconocimiento. La población la glorifica, la cree inmortal. En la conciencia colectiva, la Mamá Grande ha sido

mitificada y casi se la ubica en el ámbito sacralizado. Su imagen se convierte en un ícono sacro. “En medio de la confusión de la muchedumbre alborotada se vendían estampas y escapularios con la imagen de la Mamá Grande.” (García Márquez, G.: 1983: 202).

¿Cuánto abarcaba la propiedad de la Mamá Grande? El feudo se remontaba a los tiempos de la Colonia. Se conformaba en base a tres encomiendas “[...] adjudicadas por Cédula Real durante la Colonia, y que con el transcurso del tiempo, en virtud de intrincados matrimonios de conveniencia, se había acumulado bajo el dominio de la Mamá Grande” (García Márquez, G.: 1983: 205).

En términos concretos, abarcaba cinco municipios y estaban arrendados a 352 familias. Pero el personaje mítico y cosmogónico no sólo tenía propiedades extensas y poder, era también un personaje convertido en símbolo, en ícono. Encarnaba valores y era propietaria de los emblemas y creencias de la población. Esa riqueza invisible y emblemática comprendía, entre otros: “[...] los colores de la bandera, la soberanía nacional, los partidos tradicionales, los derechos del hombre, las libertades ciudadanas [...]” (García Márquez, G.: 1983: 206).

Era, pues, un personaje que sintetizaba la idiosincrasia del pueblo. Por eso la metafORIZACIÓN la presenta como dueña del mundo visible e invisible, lo que de otra manera quiere decir, de las propiedades del feudo y la conciencia de los pobladores.

Su muerte sería todo un acontecimiento. El presidente de la república ordenó al ministro de guerra “[...] que concluyera su discurso con un minuto de silencio en homenaje a la Mamá Grande” (García Márquez, G.: 1983: 207).

El acontecimiento trastornó la vida del pueblo. Se hablaba de ella con veneración. El presidente tuvo que decretar nueve días de duelo nacional “[...] y honores póstumos a la Mamá Grande en la categoría de heroína muerta por la patria en el campo de batalla” (García Márquez, G.: 1983: 209).

Como se puede apreciar, no se trataba sólo de un personaje con propiedades extensas. Era un mito. Un mito cuya fama trascendía más allá de esa aldea que conocían como Macondo. Todas las autoridades nacionales tuvieron que decir algo sobre la Mamá Grande. Y lo que se dijo y siguió diciendo llegó hasta Roma, y el Papa decidió venir a los funerales. Lo insólito empieza a ser parte de la realidad cotidiana de Macondo. El mito había trascendido el ámbito nacional.

La muerte de la Mamá Grande cierra un ciclo. Era el fin del centralizado poder. Al final de catorce días de plegarias tuvieron que enterrarla. La grandeza y el poder omnímodo llegaban a su fin. Simbólicamente se reproduce el cierre del ciclo en el momento en que la Mamá Grande le da el anillo de Diamante Mayor a Magdalena, la única familiar que prefirió la vida religiosa a emparentarse con otros miembros del linaje. “Aquel era el final de una tradición: Magdalena había renunciado a su herencia a favor de la iglesia” (García Márquez, G.: 1983: 204).

La muerte de la Mamá Grande es el fin del poder centralizado. Desde ese momento, el presidente de la república y las demás autoridades tendrían más libertad para gobernar y decidir “[...] porque la única que podía oponerse a ello y tenía suficiente poder para hacerlo había empezado a pudrirse bajo la plataforma de plomo” (García Márquez, G.: 1983: 214).

Fin de un ciclo, de una época. La Mamá Grande es la expresión metaforizada del fin de un ciclo. Independientemente que sea hombre o mujer, ella representa el fin de un período, de un modo de vida. No se trata de la simple recreación de un personaje feudal. Creo que el ficcional va más lejos al convertir al personaje en un mito cuya fama, hecho insólito, llega hasta Roma y hace posible la venida del Papa a los funerales. □

Bibliografía

- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel
1983 *Todos los cuentos*. Colombia, editorial La Oveja Negra y Seix Barral S.A.
- MATURO, Graciela
1977 *Claves simbólicas de García Márquez*. Buenos Aires, edición de Fernando García Cambeiro.
- OVIEDO, José Miguel
2001 *Historia de la literatura hispanoamericana* (tomo IV). Madrid, Alianza Editorial.
- SHAW, Donald
1981 *Nueva narrativa hispanoamericana*. Madrid, Ediciones Cátedra.